

Foro de Diálogo Sahel-Europa

El Sahel como centro de gravedad estratégico de África: Retos para la seguridad ¹

Pedro Sánchez Herráez, Emmanuel Dupuy y José Hornero



Introducción: Retos para la seguridad del Sahel

Embajador José Hornero

Tras la celebración del Foro Diálogo Sahel-Europa el pasado 15 de marzo, el ponente D. Pedro Sánchez Herráez, coronel de las Fuerzas Armadas españolas, y el experto invitado

¹ Este análisis forma parte de una línea de investigación permanente del Centro de Seguridad Internacional sobre el diálogo Sahel. Tras el Foro de Diálogo Sahel-Europa organizado en marzo de 2021, los ponentes pertenecientes al Grupo de Expertos Foro de Diálogo Sahel-Europa han profundizado en las temáticas de sus conferencias, analizando los retos compartidos, y las oportunidades de cooperación para nuestros desafíos comunes. La crisis política en Mali y en Chad vinculan la crisis de seguridad a los retos de gobernabilidad en estos Estados, donde la presencia de milicias de autodefensa y grupos yihadistas dificultan el desarrollo económico y social. En un entorno cambiante como este, siendo el Sahel la frontera avanzada de Europa es ahora más importante que nunca promover un espacio de diálogo en el que ambas regiones puedan compartir, cooperar y proponer soluciones innovadoras. Esta colección de publicaciones, al igual que el Foro de Diálogo Sahel-Europa han recibido una subvención de la Secretaría General de Política de Defensa del Ministerio de Defensa.

D. Emmanuel Dupuy, asesor y consultor, han puesto por escrito unas ideas importantes debatidas en dicho foro.

Los autores enfatizan la idea de vinculación e interdependencia en varios planos solapados (securitario, económico, climático, social), así como la transversalidad como norma en los enfoques adoptados por la comunidad internacional. Esas ideas de interdependencia y transversalidad son coherentes con un Sahel, que ha sido y es desde tiempos inmemoriales el largo pasillo que conecta el Norte y el Sur, Europa con y el Golfo de Guinea, el Este nilótico con el Oeste bantú y bereber e incluso con Iberoamérica. Una Ruta de la Seda en miniatura, con fronteras porosas y etnias que se superponen. Por esa ruta han circulado guerreros, sabios, ideas y bienes, se han propagado tensiones y tejido afectos.

Una perturbación dentro de ese pasillo geopolítico produce con gran facilidad ondas de choque que acaban rebasando por ambos extremos, afectando antes o después a las regiones vecinas. Basta releer la historia de España para recordarlo. La perturbación es hoy día por el lado sur del pasillo el terrorismo, que se dirige pausada pero inexorablemente hacia el mar; y por el lado norte la migración irregular y los distintos tráfico, de manera tumultuosa el primero y ordenada el segundo.

La escasa presencia del Estado en amplias zonas se presenta como una de las causas que dificultan la superación de la actual crisis. Esa débil presencia de las instituciones estatales, a menudo tenue y en ocasiones nula, en ciertas zonas del Sahel ha sido aprovechada al máximo por grupos terroristas, bandidos disfrazados de guerreros islámicos, paramilitares o cabecillas de todo tipo para extender su influencia.

En ese contexto, ambos autores subrayan la importancia de la buena gobernanza como pieza clave de la solución. Ello implica aplicar de manera efectiva el principio, por todos compartido, de la apropiación saheliana. Un paso imprescindible en esa apropiación es la vuelta efectiva de los servicios básicos del Estado a zonas que han perdido contacto con los mismos sea por imposición terrorista, sea por otros motivos. Sentir las instituciones es hacerlas reales. En cada pueblo en el que la población toque con sus dedos y vea con sus ojos los servicios básicos, se habrá dado un paso de gigante hacia la estabilización. El objetivo último es evitar victorias militares con vacíos civiles porque son aprovechados de manera inmediata por los enemigos del Estado.

Además, y como apunta Dupuy, Barkhane vive en la paradoja de victorias militares francesas innegables, por un lado, y la resistencia de la población local a valorar positivamente esa presencia militar por el otro, con una serie de acciones que han desatado la polémica en una parte de la opinión pública local y de las que Francia ha negado con vehemencia que no estuvieran justificadas militarmente. Sin olvidar, continúa Dupuy, la creciente presión interna en Francia y Mali acerca de la verdadera eficacia y la legitimidad del empeño francés en la región; la “balbucente” Task Force Takuba; y el enfoque de EEUU que prefiere lo bilateral a lo multilateral cuando se trata

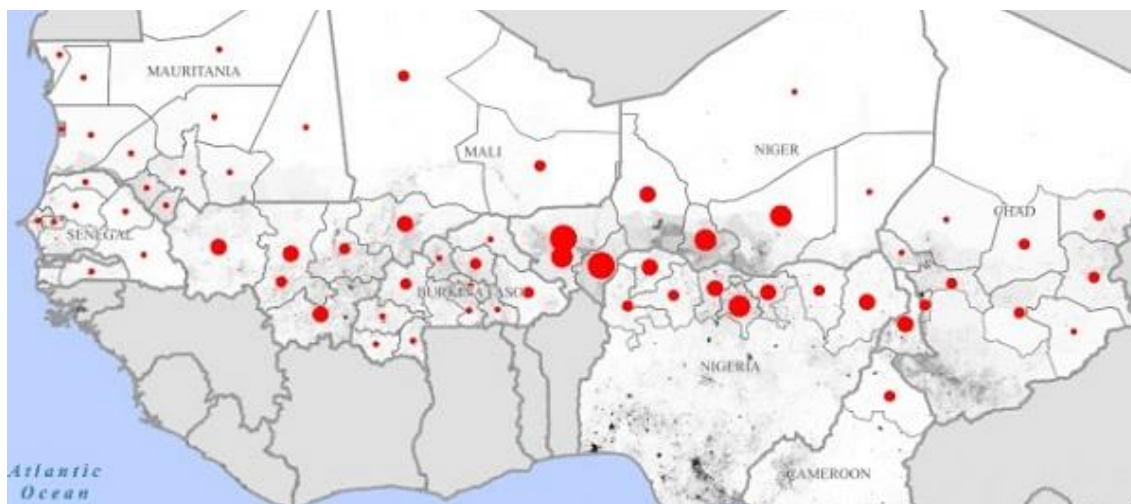
del Sahel. De todo ello se desprende, como apunta el coronel Sánchez, la imperiosa necesidad de lograr una apropiación saheliana más profunda. En ese contexto, la reestructuración de la presencia militar francesa en el Sahel (anunciada durante la conferencia del G-7 de junio, es decir después de la celebración del foro) conllevará una serie de cambios que podrían influir de manera sustancial en la naturaleza y arquitectura de las fuerzas nacionales sahelianas. La reestructuración es un proceso abierto que las principales Cancillerías, empezando por la francesa, buscan que sea cooperativo para evitar un efecto indeseado por todos.

Las líneas de factura estructurales que atraviesan todo el Sahel, y cómo son agrandadas por los violentos, operan como un factor disgregador de primera línea según los autores. A ello cabe añadir que, junto a las habituales cesuras (étnicas, la dualidad pastoralismo / agricultores, o las religiosas), adquieren cada vez más relevancia las tensiones verticales, usadas como un ariete por los terroristas en su afán por desgarrar las sociedades sahelianas aprovechando sus contradicciones internas. Es una estrategia oportunista que echa sal en las heridas abiertas, adormecidas en el pasado reciente gracias a décadas de republicanismo laico y unitario pero que adquieren cada día más virulencia. Una de estas tensiones verticales es la que separa grandes propietarios de humildes pastores, o clanes que históricamente se han considerado protagonistas de su historia frente a otros que se tienden a identificar como comparsas de la misma.

Estas tensiones horizontales y verticales están erosionando un statu quo tradicional en donde tenían se daba acomodo con mayor o menor éxito a unos y otros. Conviene por tanto evitar el reducir los conflictos existentes a una pugna exclusivamente entre etnias y religiones o entre modos de vida, y contemplar esas realidades geopolíticas como fenómenos complejos que se resisten a ser visualizados desde un punto de vista monolítico. Al final, y como advierte el coronel Sánchez, el violento busca siempre impedir un “nosotros” y reemplazarlo por un “nosotros y los demás”. Las etnias y las religiones, mojones identitarios horizontales, no son suficientes para lograr esa destrucción del tejido social, por lo que han sabido encontrar otra manera, escarbando por debajo para explotar rencillas milenarias subyacentes.

Esa flexibilidad terrorista es otro ejemplo más de una estrategia que está siendo insidiosa, tenaz y pragmática. Por mencionar solo uno, se evita en lo posible la *fitna*, la guerra entre musulmanes insurgentes o no tan habitual en otras regiones del mundo. El caso más dramático de *fitna* saheliana es entre DAESH y JNIM, pero éste obedece más a intereses geoestratégicos concretos que a diferencias teológicas. Sin menospreciar el factor religioso, es el deseo de una mejora en las expectativas personales y las condiciones de vida lo que empuja al joven radicalizado a unirse a grupos armados. Según este punto de vista, se diezman más y mejor las filas terroristas cambiando las expectativas que lanzando ofensiva tras ofensiva.

Otro de los temas presentes en el documento es el de los efectos del cambio climático en el Sahel y su impacto en el actual agravamiento de la crisis de seguridad. Sobre este punto hay una profunda divergencia de opiniones entre los expertos, gravitando la diferencia principal en torno al peso relativo que se concede al clima en relación con otros factores de fondo (económico, social, político, demográfico, etc.).



El Sahel y la (in)seguridad: foco de inestabilidad creciente

Pedro Sánchez Herráez

El Sahel: un espacio de transición y movilidad

El término “Sahel”, que deriva de una palabra que significa orilla, hace referencia al margen sur del gran desierto, del Sahara. Y de la misma manera que el Mediterráneo es un “mar de agua”, y que para aquel que sabe surcar las mismas constituye un espacio de comunicación entre ambas orillas (Europa y África), el Sahara, ese “mar de arena”, materializa un espacio que permite discurrir entre sus dos orillas, entre la costa mediterránea de África al norte y la orilla sur, el Sahel.

Por ello, esa orilla sur aparentemente remota ha estado interconectada, de manera secular con la costa mediterránea y con Europa; y también, a través de las cuencas del río Senegal o del río Níger, en función del imperio saheliano dominante en eras pretéritas, las mercancías que fluían a lo largo de las rutas milenarias que cruzan África

y el Sahara alcanzaban también el Golfo de Guinea y el África subsahariana. El Sahel ha sido y es un espacio de transición.

Por otra parte, la propia dinámica vital saheliana, regida por los ciclos naturales y el aprovechamiento de la tierra al compás de lluvias y sequías², inducía, e induce, movimientos³ al compás de dichos ritmos naturales: en determinadas estaciones, las tierras llenas de hierba y maleza son utilizadas por los pastores, que trasladan sus rebaños al compás de la existencia de pastos, en una cohabitación complementaria con los agricultores que cultivan esas tierras cuando es el momento climático adecuado.

Pero esa cohabitación resulta factible cuando el ciclo de lluvias ha sido el esperado y cuando la cantidad de personas (y ganado) que han de vivir de esas tierras no sobrepasa un máximo marcado por la capacidad productiva de las mismas. Y si ese delicado equilibrio se quiebra por mor del cambio climático -que afecta de manera extraordinaria al Sahel- y de un crecimiento exponencial de la población -se habla de “tsunami humano” por el rápido crecimiento de la población en la región-, el desequilibrio genera disputas y luchas, y surge un campo abonado para la inseguridad y la inestabilidad.

El espacio saheliano se encuentra incluido en las fronteras de entre 10 y 12 países (según las diferentes fuentes y debido a la propia movilidad de ese espacio), si bien, normalmente, se hace referencia al término Sahel institucional o Sahel G5 (formado por Mauritania, Malí, Burkina Faso, Níger y Chad), tanto por ser esta la zona donde se desarrollaron los grandes imperios sahelianos de la antigüedad, como por el hecho de que la colonización francesa dejó unas estructuras administrativas y elementos comunes que han facilitado su integración en una organización supranacional. Y esas naciones atraviesan un delicado momento, una gran crisis de seguridad.

La seguridad, factor clave en una sociedad estable

Los países del Sahel tienen ingresos bajos, por lo que sus aparatos de seguridad no son demasiado amplios. Por ejemplo, los países del Sahel G5, con 10 veces la superficie de España y unas fronteras sin obstáculos naturales y muy permeables, y con algo menos del doble de la población española, cuentan, sumando los de los cinco países, con un tercio (aproximadamente) de los efectivos de las fuerzas armadas españolas y menos de

² Por eso en ocasiones se define al Sahel como una zona bioclimática, el espacio al sur del Sahara en el cual las precipitaciones oscilan entre 150 y 600 milímetros (o litros por metro cuadrado) de lluvia anual (o de 200 a 800, según otras fuentes). Y dado que el Sahara ha crecido un 10% en los últimos cien años, y que ese crecimiento se materializa esencialmente hacia el sur del continente, con ese mismo ritmo y dirección se desplaza al sur el espacio saheliano, añadiendo un factor más de movilidad al mismo.

³ En este sentido WALTHER, Olivier J. y RETAILLÉ, Denise, Le modèle sahélien de la circulation, de la mobilité et de la incertitude spatiale, *Revue Autrepart*, 2008/3, número 47, páginas 109-124. Disponible en <https://www.cairn.info/revue-autrepart-2008-3-page-109.htm> (Todos los vínculos tienen fecha de acceso de 29 de mayo de 2021)

una quinta parte de sus fuerzas policiales. La situación de partida para que el Estado proporcione seguridad es muy compleja. Incluso la propia presencia del Estado en muchos territorios es escasa.

Una sociedad estable precisa, en primera instancia, de seguridad, que requiere de herramientas específicas. Pero siendo la seguridad el elemento primigenio, es preciso también que exista un buen sistema de gobernanza (un gobierno justo y aceptado por los habitantes, una administración eficaz, un buen sistema judicial, etc.), lo cual a su vez permite el progreso desde el punto de vista económico y social (incremento de la riqueza, mayor cohesión social, etc.).

Por ello, al trinomio seguridad, gobernanza y desarrollo económico y social se le denomina “ciclo de estabilización”, y refleja el proceso seguido, en muchos casos durante siglos, en los procesos de construcción nacional. Este ciclo funciona a modo de círculo virtuoso, pues mientras sean de más intensidad y calidad la seguridad, la gobernanza y el desarrollo económico y social permiten que cada uno de estos pilares se realimenten y contribuyan a mejorarse mutuamente. De hecho, y con carácter general, la ayuda internacional⁴ se orienta a intentar contribuir a que el ciclo gire en el sentido adecuado.

Pero también puede convertirse en un círculo vicioso: la minoración del nivel de seguridad, el cuestionamiento del sistema de gobernanza o el empeoramiento de las condiciones de vida y de cohesión social, hacen que el ciclo gire en el sentido inverso, realimentándose a toda velocidad y generando una sociedad desestabilizada. Y la falta de seguridad suele ser el elemento detonante de esa desestabilización.

Los pilares del ciclo de estabilización son siempre atacados, y de una manera orquestada, por aquellos que pretenden desestabilizar un país o una región; se atacan a sus fuerzas y cuerpos de seguridad, intentando mostrar su inoperancia, se acusa al gobierno de corrupción, se ataca a los funcionarios e instituciones representativas del Estado, se atacan colegios y dispensarios médicos para crear desorden y malestar, se ataca a un grupo étnico o religioso de manera prioritaria para forzar la descohesión social... Y todo ello mientras se difunden de manera sistemática narrativas relativas a la incapacidad del gobierno para atender a su población y se soplan sobre los rescoldos de los diferendos, reales o míticos, existentes entre diferentes sectores o grupos de la población. El ciclo, pero esta vez de inestabilidad, gira a velocidad creciente, y en ese entorno de desorden y caos, se rompe el contrato social entre ciudadano y Estado, la sociedad se descohesiona según líneas de fractura étnicas, tribales, religiosas, etc. y señores de la guerra o terroristas yihadistas, como en el Sahel -y que han contribuido a dicho desorden de manera planificada-, emergen como fuerza organizada que asume el

⁴ MINISTERIO DE DEFENSA, Operaciones de estabilización, Ejército de Tierra, Mando de Adiestramiento y Doctrina, PD2-001 (vol. 3), 2013, página 10.

control del territorio. Pero la solución no es, simplemente, reforzar desde fuera el pilar de seguridad. Ni mucho menos.

La seguridad y su componente endógeno

La seguridad, como el desarrollo, presenta un poderoso componente endógeno. Es factible contribuir a incrementar el nivel de seguridad y de desarrollo de un pueblo, pero resulta absolutamente imposible hacerlo sin contar no solo con su aquiescencia, sino con su firme voluntad de avanzar en la mejora de dichos niveles. Si el Estado es percibido por las élites dominantes como una estructura de la que se pueden apropiar para cumplir sus fines particulares⁵ o si la división étnica, religiosa, tribal... prima sobre cualquier consideración de ciudadanía compartida, resulta imposible la conformación de espacios políticos y humanos de seguridad y convivencia común.

Siempre existen rescoldos del pasado; y en pueblos con una larga historia, como los sahelianos, se pueden encontrar tanto momentos de cooperación como de competición. Y la generación de una narrativa de odio y victimización conduce a una dialéctica de “los unos y los otros”, a la imposibilidad del “nosotros”. Y esa identidad de “víctima del pasado” -con razón o sin ella- adecuadamente instrumentalizada proporciona un sentimiento de impunidad que sirve como autojustificación de crímenes y atrocidades⁶. Así, las disputas interétnicas seculares y las referencias a la colonización y los agravios generados por la misma constituyen rescoldos sobre los cuales soplar en los momentos de crisis e inseguridad, pues resulta tremendamente rentable... para los que soplan.

Una sociedad unida y cohesionada resulta muy compleja de quebrar; pero si el concepto de “ciudadano” es reemplazado por la adscripción a un grupo étnico, tribal, religioso, etc., resulta mucho más sencillo desestabilizar esa población. Y los terroristas lo saben, y lo utilizan a escala local, nacional, regional y global.

Influencia creciente del Sahel en la (in)seguridad regional e internacional.

A las complejidades estructurales del Sahel, ya citadas previamente, se le han añadido las derivadas de la pandemia de la COVID-19: si la movilidad es inherente a la dinámica de vida saheliana, ¿cómo obtener el sustento diario frente a confinamientos y restricciones de desplazamiento? Y si en los países ricos el malestar social y peticiones

⁵ La secuencia de golpes de estado en Malí pueden observarse como un paradigma de esta situación. JEZEQUEL, Jean-Hervé, Mali, un coup dans le coup, International Crisis Group, Q&A/Africa, 27 de mayo de 2021. Disponible en <https://www.crisisgroup.org/fr/africa/sahel/mali/mali-un-coup-dans-le-coup>

⁶ MAALOUF, Amin, Identidades asesinas. Madrid, Alianza Editorial, 2012, página 43.

de ayudas por parte de la población hacia los Estados han tensionado administraciones y poblaciones, ¿qué no habrá pasado en el Sahel?⁷.

La inestabilidad en la región crece y se expande, por las mismas rutas y vías por las que secularmente fluían mercaderías, personas e ideas, y a toda velocidad. Tal es así que la Unión Europea -y España es una nación abanderada en este sentido- es plenamente consciente de que ante la ausencia de estabilidad en la región, los grupos yihadistas van ganando fuerza, se van expandiendo por todo el área⁸ e incrementan su activismo a escala global, por lo que la Unión continúa con su compromiso, y en grado creciente, con la paz y estabilidad de la región.

Y dado que la inseguridad y los principales actores que la generan -grupos terroristas yihadistas principalmente- actúan a escala regional, en ese mismo sentido deben ir las respuestas, cuestión que si ya era patente hace años⁹, la realidad actual no deja de poner de manifiesto casi a diario. De hecho, el golfo de Guinea ha devenido en la zona del planeta con mayor índice de piratería; y si bien esos países hasta el momento, habían sido utilizados por los terroristas como zonas seguras para establecer sus bases, comienzan no solo a sufrir ataques, sino que van creciendo las sospechas del estrechamiento de vínculos entre los terroristas y los grupos armados que desarrollan la actividad pirática¹⁰.

Como antaño, el Sahel se muestra como un espacio de transición, de interconexión, si bien en este caso sea, por las circunstancias habidas, para el desarrollo y expansión de una inseguridad creciente. ¿Hay solución?

A modo de reflexión

Dado que el Sahel constituye un auténtico espacio transnacional, las respuestas han de proporcionarse en todo ese espacio. Y dicho apoyo ha de ser, además, multidisciplinar, a todos los niveles y en todo el espectro del ciclo de estabilización: contribuyendo a

⁷ SÁNCHEZ HERRÁEZ, Pedro, El Sahel en tiempos de pandemia: ¿aún peor?, Documento de Análisis 24/2020, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 15 de julio de 2020. Disponible en http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2020/DIEEEA24_2020PEDSAN_pandemiaSahel.pdf

⁸ IOANNIDES, Isabelle, Evaluating the EU approach to tackling the Sahel conflicts, European Parliament, EPRS PE 654.173, septiembre de 2020. Disponible en [https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2020/654173/EPRS_STU\(2020\)654173_EN.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2020/654173/EPRS_STU(2020)654173_EN.pdf)

⁹ WALTHER, Olivier J. y LEUPRECHT, Christian, Mapping and deterring violent extremist networks in north-west Africa, Department of border region studies, Working paper 2/2015, University of Southern Denmark, 2015.

¹⁰ ARREDONDAS, Margarita, Alarming expansión of jihadism in Sahel, 01 de abril de 2021. Disponible en <https://atalayar.com/en/content/alarming-expansion-jihadism-sahel>

incrementar la seguridad, a la mejora de la gobernanza y al desarrollo económico y social.

Las amenazas y riesgos no conocen fronteras ni límites; y en un entorno absolutamente complejo e inestable como es el saheliano, los grupos yihadistas encuentran el caldo de cultivo perfecto para el desarrollo de sus actividades. No sólo sientan plaza y controlan el territorio, sino que tienden, por su propia narrativa de yihad global, a extenderse y ampliar su radio de acción, alcanzando, a modo de tormenta perfecta que crece y se realimenta, a los países del Magreb, al golfo de Guinea, al resto de África, a Europa...

Por eso el Sahel constituye el centro de gravedad estratégico de África. E igual que un incendio ha de combatirse, actuando en primera instancia contra el foco del mismo, así ha de ser, concentrando esa ayuda transnacional y multidisciplinar en esta región.

Pero también es preciso recordar, y llevar al entendimiento, que la seguridad y el desarrollo presentan un fuerte componente endógeno. Se puede “contribuir” a incrementar la seguridad, mejorar la gobernanza y el desarrollo, pero no se puede “crear” seguridad, buena gobernanza y desarrollo sin el firme compromiso y la superación de divergencias entre la propia población de la región.

Caso que no sea así, y empleando un símil náutico, los esfuerzos desde el exterior sólo servirán para “achichar agua”, y, durante un tiempo, evitar que se hunda el barco. Pero como la tormenta es perfecta, si no está todo y todos adecuadamente alineados -propios y foráneos- al final el navío se hundirá. Y cuando se descompone un punto estratégico, como es el Sahel, el impacto es global y brutal.

Esperemos, por el bien de todos, que esto no ocurra. Sería una auténtica catástrofe para todos.



Estabilización y mantenimiento de la paz en el Sahel: alcanzar la paz y no sólo la victoria contra los grupos terroristas armados

Emmanuel Dupuy

Puede que los hombres y mujeres de Barkhane hayan tomado el relevo de la Operación Serval (11 de enero de 2013-agosto de 2014), cuyo objetivo era evitar que los grupos armados se abalanzaran sobre Bamako y destruir las posibilidades de supervivencia del Estado maliense, debilitado por un golpe de Estado, unos meses antes, pero ahora actúan sobre una vasta zona de 5 millones de km².

Desde el punto de vista militar, la operación Serval ha sido un gran éxito en términos de "antiterrorismo" que ha permitido liberar el norte de Malí en sólo veinte días. La ciudad de Gao fue liberada el 25 de enero, Tombuctú el 27 de enero y Kidal el 30 de enero. Sin embargo, ¡estábamos en 2013!

No obstante, ya en 2014, el libro de Jean-Christophe Notin, "La guerra de Francia en Malí" parecía, desde el principio, cuestionar la "narrativa" oficial destinada a justificar el lanzamiento de la operación de François Hollande por el riesgo de desintegración del Estado maliense.

Desde entonces, 56 soldados franceses han muerto en el Sahel, 50 de ellos en operaciones, principalmente en Malí. Más de 3.000 soldados malienses y 230 miembros de las fuerzas de paz han muerto también en esta implacable lucha contra las organizaciones terroristas, la mayoría de las cuales operan en la llamada zona de "tres fronteras" entre Malí, Níger y Burkina Faso. La ONU ha recordado recientemente que 4.250 burkineses, malienses y nigerianos, entre ellos muchas mujeres y niños, fueron

víctimas del terrorismo en 2020. La paradoja de la contrainsurgencia es que 2020 será sin duda un año de éxitos militares.

La operación militar Barkhane, que lleva "rastreado" a unos 2.000 combatientes del grupo terrorista armado (GTA) desde enero de 2013, eliminó a unos 1.000 de ellos en 2020 en la franja sahel-sahariana. Así, el año 2020 se habrá visto coronado por éxitos simbólicos. Siguiendo el ejemplo de la eliminación del líder de Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) Abdelmalek Droukdel, en junio de 2020, y más recientemente, el 30 de octubre, de Bag ag moussa, jefe de operaciones militares del Grupo de Apoyo al Islam y a los Musulmanes (GSIM).

El "Comité Ejecutivo" dedicado a la lucha antiterrorista, celebrado en la base aérea 123 de Orleans-Bricy el 1 de febrero, desconcertó a muchos expertos de la región. El Director de la Seguridad Exterior (DGSE), Bernard Emié, difundió un vídeo en el que confirma que los principales dirigentes del GAT, entre ellos Iyad Ag Ghali, líder tuareg del GSIM, y Hamadou Koufa, líder fulani del Macina Katiba o Frente de Liberación de la Macina, pretenden ahora llevar a cabo sus operaciones en dirección a los países ribereños del golfo de Guinea (Benín, Costa de Marfil, Senegal, Togo y Ghana). Si esta "migración" del TAG se conocía desde hace tiempo, el hecho de revelarla parece formar parte de una vasta operación de comunicación, destinada a legitimar la validez de la presencia militar francesa.

Con 128 acciones de combate, es decir, una media de una salida operativa cada tres días, los resultados son realmente significativos: 500 armas pequeñas y ligeras (SALW) incautadas o destruidas, 40 armas pesadas, como ametralladoras, destruidas o incautadas, 15 lanzacohetes incautados y destruidos, así como 25 camionetas inmovilizadas.

Así, los militares franceses actúan más en sinergia con sus socios locales. Esto es lo que se prometió en la Cumbre de Pau. La operación Eclipse (2 de enero - 3 de febrero), que abarca 400 km de frente y 200 km de profundidad, en la región de las "tres fronteras", entre las ciudades de Hombori, Boulkessi y Douentza, contó con la participación ejemplar de 1.500 soldados franceses, 900 burkineses, 850 malienses y 150 nigerianos. No es de extrañar que la operación recibiera una gran cobertura mediática.

18.000 soldados de las fuerzas armadas que componen la Fuerza Conjunta G5-Sahel han recibido formación desde 2014. 6000 sólo en 2020, tres veces más que el año anterior. Sin embargo, esto puede no ser suficiente para convencer a las poblaciones de las ventajas de la presencia francesa.

La más reciente, la Operación Eclipse, en la que participaron conjuntamente los militares franceses y las fuerzas armadas malienses, está en el centro de una polémica -a raíz de los ataques a dos localidades del centro de Malí- con respecto a una guerra informativa emprendida por el GAT.

Sin embargo, la presión en torno al significado de nuestro compromiso en el Sahel está creciendo tanto en Francia como en Malí y en varios otros países sahelosaharianos. Este legítimo cuestionamiento de la eficacia y la legitimidad de nuestro compromiso militar en la lucha contra los grupos terroristas armados se ha expresado recientemente en el sondeo IFOP-Le Point, que indica, el 12 de enero, que el 51% de los franceses dudan ahora del compromiso de Francia en el Sahel.

Esto está muy lejos del 73% de franceses que aprobaban la Operación Serval en enero de 2013.

La dimensión financiera también será importante, ya que se acercan las elecciones presidenciales en Francia en mayo de 2022. Con un presupuesto previsto de 911 millones de euros en 2020, se espera que la Operación Barkhane se "engrose" aún más con la llegada de los 364 efectivos de Serval. Se habla de un récord de 1.200 millones de euros para 2021.

No cabe duda de que el recordatorio constante de la ministra de Defensa, Florence Parly, de la generación de fuerzas, aún en ciernes, de la Task Force Takuba, que reunirá -de aquí al próximo verano- once fuerzas especiales europeas y un objetivo de 600 soldados, habrá sido uno de los marcadores de la Cumbre de Yamena del 16 de febrero.

Los más optimistas sin duda también abogarán por la implicación europea, en particular insistiendo en los cerca de 800 efectivos -actualmente y más de 1000 para el verano de 2021- que componen las misiones europeas (Misión de Formación de la Unión Europea - EUTM-Mali y Misión de Asistencia Fronteriza de la Unión Europea - EUCAP-Mali y EUCAP Sahel - Níger).

Esto sería olvidar que, aunque los alemanes están presentes de forma masiva en el marco de la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí (MINUSMA) con 930 efectivos entre los 14.000 cascos azules presentes en Malí desde abril de 2013, rara vez están en situación operativa.

Sólo podemos contar con nuestros socios británicos, que tienen 300 soldados en la MINUSMA, al tiempo que prestan un apoyo inestimable dentro de la operación Barkhane, gracias al centenar de soldados integrados en Barkhane dentro de la operación Newcombe. La promesa de la nueva administración estadounidense de mantener los 1.500 soldados desplegados en la región no parece garantizar un cambio de paradigma por parte de Washington, que sigue favoreciendo sus asociaciones bilaterales de seguridad en detrimento de su apoyo al G5-Sahel, a la MINUSMA y, en menor medida, a Barkhane.

Quizás sea el Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, el general François Lecointre, quien mejor resume el dilema operativo en el que se encuentra ahora Barkhane, indicando que Francia había "girado el dial" en el Sahel...

—
Investigador principal:

Coronel Pedro Sánchez Herráez. Coronel del Ejército de Tierra. Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Expertos colaboradores que han ayudado en la redacción de este documento:

Emmanuel Dupuy. Presidente del Instituto de Prospectiva y Seguridad en Europa (IPSE)

Embajador José Hornero. Embajador de España ante la República de Malí y de Burkina Faso

Este artículo ha recibido una subvención de la Secretaría General de Política de Defensa del Ministerio de Defensa.

